

La socialdemocracia, en el alero

TRAS cuarenta y cuatro años en el poder, de los cuales casi veinte con carácter exclusivo, los socialdemócratas suecos se presentarán el día 19 a las elecciones sin la arrogancia y seguridad de otras ocasiones.

Si hace algún tiempo la socialdemocracia se jactaba de poder barrer del Riksdag a los comunistas y enfrentarse sola a los tres partidos burgueses de la oposición, esta vez va a necesitar más que nunca de esa presencia a su izquierda si sus diputados no quieren sentir por vez primera en sus traseros la relativa dureza de los bancos de la oposición.

De no conseguir superar el VPK (partido de izquierda de los comu-

mistas en el Parlamento, un organismo como, por ejemplo, un sindicato puede, por decisión de la mayoría, inscribir a la totalidad de sus miembros en el partido, aunque cada miembro tenga luego pleno derecho a solicitar su exclusión a título individual.

El partido comunista, minoritario dentro de los sindicatos, ha reprochado repetidamente a la LO (Confederación General) su excesivo centralismo, que se refleja, por ejemplo, en un sistema de doble veto por el que todo sindicato que desee incorporarse a aquélla debe incluir antes de nada en sus estatutos una cláusula relativa al derecho de veto de su dirección sobre cualquier medida de huelga que pueda

Joaquín Rábago

nistas) la famosa barrera del 4 por ciento, porcentaje mínimo del total de votos emitidos que se exige para estar representado en el Parlamento, difícilmente podrá Olof Palme plantarles cara a liberales, centristas y conservadores, quienes olvidarían por un momento sus diferencias, importantes en muchos terrenos, en aras del desalojo de los socialistas del Gobierno. Ello representaría acaso el principio del fin del mito de la socialdemocracia sueca y de su modelo de socialismo para la exportación.

UNA NEUTRALIDAD RENTABLE

El desarrollo espectacular de la socialdemocracia en Suecia se vio apoyado por la neutralidad del país durante la segunda guerra mundial y por una situación especialmente favorable de posguerra en la que, con un aparato de producción intacto, la industria sueca pudo hacer frente con éxito a una creciente demanda exterior. En esos años de expansión del capitalismo sueco, que coinciden con la reconstrucción de Europa, la socialdemocracia llevó a cabo en el interior una inteligente política de reformas sociales a la que coadyuvó su fuerte implantación en los sindicatos agrupados en las Landsorganisationen (1).

Ese crecimiento sin precedentes se benefició de un original sistema de afiliación colectiva por el cual han ingresado en el partido hasta un 75 por 100 de la cifra total de militantes. Según este sistema, objeto últimamente de fuertes polémicas

adoptar la base. A su vez, la dirección del sindicato debe someterse a las decisiones superiores de LO, que tiene también sobre aquélla derecho de veto. Según el VPK, este centralismo ha favorecido durante largo tiempo la política reformista socialdemócrata y contribuido así a crear una imagen tan ideal como falsa en el fondo, de colaboración entre clases, que comenzaría a desvanecerse a partir de 1969 con motivo de la huelga general de los mineros de Norrbotten.

De la moderación del reformismo sueco en lo relativo a las nacionalizaciones da cuenta el hecho de que, después de cuatro décadas de gobierno socialdemócrata, el 88 por 100 de la industria continúe en manos privadas, mientras que un sector fundamental como el bancario lo está en su casi totalidad.

La pujanza en Suecia de la industria privada no habría podido producirse en cualquier caso sin una fuerte concentración de capital y una creciente expansión en los mercados mundiales. Así, por ejemplo, en 1974, la exportación de capitales suecos alcanzó los 12.000 millones de coronas, mientras que las 25 empresas suecas más importantes daban trabajo a casi 300.000 personas en distintos países. Cifras ambas que no precisan comentarios.

UNA SERIE DE ESCANDALOS

¿Qué ha ocurrido, pues, para que la popularidad del partido de Palme haya descendido últimamente a su nivel más bajo desde los años treinta? En primer lugar, tal vez haya que añadir a la situación inflacionista que atraviesa el país, el cansancio de la opinión pública frente a un partido que ha



permanecido tan largos años en el poder sin compartirlo con ningún otro. Aunque en menor grado, también ha debido contribuir al descrédito de la socialdemocracia una serie de escándalos recientes como el protagonizado por el tesorero del partido, Gösta Damberg, a quien se acusó de complicidad en el envío clandestino de fondos de la socialdemocracia alemana al partido hermano finlandés, o el hecho de que, durante el bloqueo decretado por el partido y la Confederación Sindical al turismo hacia España, el propio presidente del sindicato del transporte pasase tranquilamente sus vacaciones en las Canarias. El caso del cineasta Ingmar Bergman, que, como se sabe, decidió abandonar Suecia por considerar excesivas las pretensiones del fisco, sólo sirvió para añadir leña al fuego en un país en el que los impuestos se han convertido para el ciudadano medio en una auténtica obsesión.

Sea como fuere, lo cierto es que los últimos sondeos realizados registraban un notable descenso en la popularidad del partido, acompañado de una ligera pérdida por parte de los comunistas, que se situaban, sin embargo, por encima de la polémica barrera del 4 por 100.

Por lo que respecta a este último partido, parece estarlo perjudicando, cara al electorado, las disensiones existentes en su seno entre un grupo minoritario, pero especialmente combativo que cabría calificar de ortodoxo y que está fuertemente arraigado en las regiones mineras del Norte, y otro, más afín a la línea eurocomunista, a la que pertenecen la mayor parte de los dirigentes, incluido el nuevo secretario general, Lars Werner. El enfrentamiento entre ambos grupos, recrudescido a partir de la intervención soviética en Checoslovaquia, no ha llegado, sin embargo, a "oficializarse" como ocurre, en cierto modo, con las dos facciones del partido hermano finlandés.

NUEVOS VOTANTES

Las inminentes elecciones ofrecen, a pesar de todo, una serie de novedades con respecto a las precedentes que hacen difícil incluso a estas alturas cualquier pronóstico sobre el resultado.

La primera novedad, de carácter técnico, se refiere al número total de escaños del Riksdag, que será de 349 en lugar de 350 como hasta ahora. Con ello se ha querido evitar que pudiese repetirse una si-

(1) Además de LO, existen otras dos centrales sindicales que agrupan a los empleados y profesionales: TCO y SACO-SR. El nivel de sindicación llega en Suecia a un 90 por 100 aproximadamente.



Ambiente electoral en las calles de Estocolmo: sobre estas líneas, los socialdemócratas hacen su campaña; en la página de enfrente, un grupúsculo de extrema izquierda con pancartas alusivas a Checoslovaquia.

LOS PARTIDOS EN EL RIKSDAG

Partido Liberal (Folkpartiet): Propugna reformas sociales sin socialismo. Ha colaborado últimamente con la socialdemocracia en cierto número de cuestiones. Cifra aproximada de afiliados en 1973: 69.000.

Partido del Centro (Centerpartiet), antes "agrario": Apela a la pequeña burguesía; débil implantación en los centros industriales. Su gran caballo de batalla es la conservación del medio ambiente. Cifra de afiliados en 1973: 201.000.

Partido de la Unión Moderada (Moderata Samlingspartiet): Conservador. Se opone a la derogación de la monarquía, propuesta por la socialdemocracia y los comunistas. Aboga por la incorporación de Suecia al Mercado Común y está a favor de la ley antirracista. Cifra de afiliados en 1973: 122.000.

Partido Obrero Socialdemócrata (Sveriges Socialdemokratiska Arbetarepartiet): Fundamentalmente, reformista. Le preocupa más el control de las inversiones y la distribución de los beneficios que la nacionalización de los medios de producción. Cifra de afiliados en 1973 (sistema de afiliación colectiva): 953.000.

Partido de Izquierda de los comunistas (Vänsterpartiet Kommunisterna): La mayoría de los miembros del partido abogan por una línea eurocomunista y por la transición pacífica al socialismo, aunque un sector minoritario, cuyo órgano principal de expresión es el periódico "Norrskenflamman", publicado en Luleå, se muestra más ortodoxo. Su programa incluye la nacionalización de las industrias farmacéutica, de construcción y de las empresas forestales. Número de afiliados en 1972: 15.000.

En las cifras anteriores no se incluyen las correspondientes a las clases juveniles de los partidos.

tación como la que se dio en las elecciones de 1973, cuando entre los dos bloques formados por los partidos socialdemócrata y comunista, por un lado (156 y 19 escaños, respectivamente), y los tres burgueses del centro, liberal y conservador (90, 34 y 51 escaños), por otro, se produjo un extraño empate: 175 escaños exactamente para cada bloque.

La segunda novedad, mucho más importante, es que van a poder participar en estas elecciones los jóvenes a partir de los dieciocho años, lo que supone una ampliación del censo en torno al medio millón de votantes, así como todos los inmigrantes con más de tres años de residencia en el país.

Respecto a los primeros, las dificultades con que tropiezan muchos jóvenes para encontrar trabajo y la radicalización entre los estudiantes podría inducir a buena parte de este sector del electorado a votar por los partidos a la izquierda de la socialdemocracia: el comunista e incluso ciertos grupúsculos como el SKP, próximo a un comunismo tipo chino, o el KAF, trotskista, aunque éstos seguirán siendo sin duda minoritarios. Algunos jóvenes podrían incluso votar por un partido burgués reformista, como el liberal,

que con su nuevo dirigente, Per Ahlmark, antiguo editorialista del vespertino "Expressen", parece recuperarse del descalabro sufrido en las elecciones de 1973.

Los inmigrantes, por su parte, de cuya cifra total más de la mitad, unos 184.000, son de origen finlandés, seguidos por los yugoslavos, 41.000, y otros procedentes del área escandinava, donde existe mercado libre de trabajo, sólo podrán votar en las elecciones municipales y regionales, no así en las parlamentarias. Conviene explicar que es la segunda vez en que se celebran simultáneamente los tres tipos de elecciones.

En cualquier caso, y teniendo en cuenta que más de un 75 por 100 de los inmigrantes pertenecen a la clase obrera, contra un 40 por 100 de los suecos asalariados, y que desempeñan además los trabajos más sucios, lógico es esperar también su captación por los partidos de la izquierda.

DE LOS IMPUESTOS A LA ENERGIA NUCLEAR

En cuanto a los temas a debate en estas elecciones, cabría resumirlos grosso modo en tres, a co-

menzar por el de los impuestos. Aclaremos inmediatamente que el sistema tributario sueco se divide en dos grandes apartados: los impuestos estatales, que son claramente progresivos, y los municipales, que tienen, por el contrario, carácter de fijos. Estos son, en muchos casos, más elevados que los estatales y han experimentado últimamente fuertes aumentos.

Entre los partidos burgueses, todos ellos opuestos a la política fiscal del Gobierno de Palme, el conservador, que dirige Gösta Bohman, es el que ataca con más tenacidad los tributos que actualmente gravan los beneficios de las empresas. En el otro extremo del espectro político, los comunistas no se muestran contrarios a los impuestos en sí, aunque consideran que los fijos e indirectos son excesivos, pero sí discuten la utilización que hace el Estado del dinero que recauda.

Según el VPK, la política tributaria de la socialdemocracia favorece sobre todo al capital monopolista, gracias a la concesión por el Estado de importantes subvenciones y exenciones a aquellas empresas que cumplen, al invertir, determinadas condiciones o que se encuentran en dificultades. De ese modo, el dinero público serviría para financiar o sacar del atolladero al gran capital.

Por su parte, los socialdemócratas, que en las llamadas —por el pabellón en que se celebraron— "conferencias Haga" de 1974 y 1975 consiguieron sacar adelante su política fiscal mediante hábiles negociaciones directas con los sindicatos y con el partido liberal, entonces dirigido por Gunnar Helén, parecen hoy igualmente convencidos de la impopularidad de un aumento tributario sobre el trabajo asalariado. De ahí que hayan llegado a proponer una reducción en este tipo de impuestos a costa de un aumento equivalente al 3 por 100 sobre el que grava la nómina de las empresas.

El segundo caballo de batalla de las nuevas elecciones se refiere a los llamados "fondos Meidner", nombre del economista socialdemócrata que los ideó. Según este proyecto, el 20 por 100 de los be-

neficios anuales de toda empresa con más de 50 empleados deberían pasar a engrosar unos fondos especiales, cuya titularidad correspondería a los asalariados a través de sus sindicatos. De ese modo, gracias a su participación en el capital, los trabajadores influirán de modo creciente en la administración de la industria privada.

A este proyecto polémico, sobre el que el propio partido socialdemócrata no ha podido llegar todavía a un acuerdo, se enfrentan no sólo los tres partidos burgueses, que ven en el mismo una amenaza al gran capital, sino también, por razones naturalmente opuestas, el VPK, que lo consideran un nuevo engaño a tono con el reformismo socialdemócrata, que no hace más que aplazar una vez más el problema real y urgente de las nacionalizaciones.

Menos importante en algún sentido, por más que preocupe a una opinión pública cada vez más sensibilizada hacia todo lo que se refiere a la conservación del medio ambiente, es el problema del desarrollo de la energía nuclear.

Actualmente funcionan en Suecia cinco centrales nucleares, y el Gobierno socialdemócrata, apoyado en esto por los conservadores, proyecta la terminación de otras ocho antes de 1985.

Respecto al tema nuclear, sobre el que ha montado hábilmente su campaña el líder del partido del centro, antes agrario, Fälldin, los comunistas discrepan abiertamente de los dirigentes socialdemócratas por considerar que el desarrollo de ese sector no es, como pretende el Gobierno de Palme, condición sine qua non para la creación de nuevos puestos de trabajo, y que, en cualquier caso, dados los riesgos que entrañan las centrales atómicas, corresponde al pueblo decidir en referéndum sobre la conveniencia o no de su construcción.

En esta cuestión y otras menores, como pueden ser la reducción del horario de trabajo y los subsidios especiales para trabajadores con hijos menores de tres años, propuestos por los conservadores y el centro, a los que se oponen tanto los comunistas como las mujeres socialdemócratas y los propios sindicatos, no existe siquiera unanimidad dentro de los partidos, lo que hace especialmente difícil cualquier tipo de programa común para una posible coalición.

Atendiendo a los acuerdos conseguidos entre la socialdemocracia y los liberales en las mencionadas conferencias Haga, algunos observadores parecían inclinados a considerar una posible colaboración en el Gobierno entre ambos partidos para el caso en que los conservadores y sobre todo el partido del centro acentuasen la línea ascendente que ya se apuntó con fuerza en las últimas elecciones. El propio Ahlmark se ha encargado de desmentir, no obstante, cualquier posibilidad de colaboración con los socialdemócratas.

En medio de tanta incertidumbre, sólo una cosa aparece, pues, como cierta: con los 349 escaños del nuevo Riksdag, cualquier empate entre bloques es imposible. ■ (Fotos del autor).